

# Genaro y la FELAP

por Niko SCHVARZ

HAY GOLPES EN LA VIDA,  
TAN FUERTES, YO NO SE...

César VALLEJO

Para el lector que sigue asiduamente la prédica de El Día, esta nota resultará poco menos que inútil. Pero hoy no podría yo escribir sobre otro tema. Muchas cosas ha dicho ya el periódico, desde este aciago 12 de noviembre, sobre Genaro Carnero Checa. Y lo ha dicho bien. Ha destacado sus rasgos biográficos sustanciales, su trayectoria de luchador por la causa de la emancipación humana y social. Ha reseñado los conceptos bien delineados por quienes lo despidieron el jueves en el Panteón de Dolores, en representación del sindicato de periodistas mexicanos, de la Organización Internacional de Periodistas, de nuestra FELAP. ¿Qué podría yo agregar? Acaso rescatar su perfil humano y su papel como fundador, impulsor y alma mater de la Federación Latinoamericana de Periodistas.

A Bertolt Brecht pertenece la definición ya clásica: están los que luchan un tiempo y son buenos, los que luchan mucho tiempo y son muy buenos y los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles. Genaro era precisamente de la estirpe de los imprescindibles, de los que están siempre en la primera línea. Para él la vida era la acción permanente, la actividad, la movilidad, la iniciativa, el oído y el corazón alertas a las vibraciones del mundo y, en particular, de nuestra patria común latinoamericana. Era una locomotora siempre en rauda marcha. Disparaba ideas, proyectos, propuestas. Con su norte fijo apuntando a la dignificación de la profesión periodística y a su elevado papel en la lucha por la liberación definitiva de nuestros pueblos. Alejado de todo academicismo, para él el periodismo era un instrumento apto para la emancipación social, y gustaba repetir la frase de Artigas de que el papel sirve también para hacer cartuchos. Popularizó desde tribunas el lema que colocamos en el frontispicio de la FELAP: "Por un periodismo libre en patrias libres", inseparable de la unión de los periodistas y de sus organizaciones en el plano continental.

---

Bajo otros cielos me tocó conocer primero y vivir luego los prolegómenos de esta hermosa historia, cuyo primer jalón perdurable se plantó en mi patria treinta años atrás. Montevideo vio llegar a Genaro en 1951, para iniciar junto a colegas uruguayos y latinoamericanos la larga marcha por la unificación del periodismo continental. Carlos Martínez Moreno, figura brillante por muchos otros conceptos además del periodismo, presidía la Asociación de la Prensa Uruguaya. Carlos Borche era, y siguió siendo durante casi cinco lustros más, hasta el sablazo contra la democracia, su permanente animador, alternadamente presidente, secretario general, delegado al Consejo de Salarios, igualmente su alma mater. El destino —mejor dicho, el golpe de estado— reúne hoy a ambos en el exilio mexicano. En aquellos días augurales, algo importante se logró: deslindar los campos, separarse de la SIP, esa institución yanqui registrada en el estado de Delaware: de un lado los bagres, del otro las terariras, como dijo el último caudillo de mi tierra. De un lado, los periodistas fieles a su pueblo y a los ideales de su profesión, en el fondo la misma cosa; del otro, los empresarios y los vendidos, los mercuriales y heraldistas. Pero también se avizó entonces cuán largo trecho restaba recorrer, y que había que hacer el camino andando. Un buen día llegamos a documentar las presiones imperiales directas para evitar que la capital de mi país fuese sede de un Congreso Mundial de Periodistas, ya profusamente anunciado. Pudimos probar que ciertos editoriales de un vespertino venían en el sobre amarillo de una embajada; alguien se limitaba a marcar la medida de ese material y a bajarlo al taller, rotulándolo como editorial. En los repetidos intentos fallidos que se sucedieron a continuación, Genaro estuvo siempre en el pelotón de vanguardia. En las verdes y en las maduras. En un homenaje que brindamos este año a López Portillo por sus definidas posiciones internacionales, por su ayuda a Nicaragua, por su vocación anti-intervencionista, el presidente destacó esta consecuencia en la acción de Genaro. Y las maduras llegaron al fin. Fue a comienzos de junio de 1976, en la cálida tierra mexicana. Gracias a la comprensión de sus gobernantes y a la fraternidad de sus periodistas y de su pueblo.

El día de la inauguración de nuestro Congreso Constitutivo se inscribe en la mejor historia. El 4 de junio de 1976 se abrió en Santiago de Chile, donde tres años antes había corrido la sangre mártir de Salvador Allende, una conferencia de cancilleres de la OEA. Justamente allí, México se negó a concurrir. Ese mismo día, el presidente Echeverría inauguró en Bellas Artes el Congreso fundacional de FELAP. Era para Genaro un día de gloria, la cristalización de tantos afanes y de tantos insomnios.

---

Empezó la etapa de insuflar vida al recién nacido. La locomotora se puso en marcha. Por un lado, la organización se afirmó, se asentó, creció, anudó sólidos vínculos con los colegas de la patria común latinoamericana y caribeña. Por otro, y simultáneamente, se transformó en un bastión de la solidaridad continental, en esta etapa de la lucha sin cuartel contra las dictaduras fascistas.

Este es el otro rasgo esencial en que Genaro jamás tuvo un desmayo ni una vacilación. Fue siempre la mano tendida al colega y al luchador social perseguido por las dictaduras.



Quizá recordara las décadas en que le tocó desempeñar ese mismo y peligroso oficio, pero más bien eso se había incorporado a su torrente sanguíneo, formaba en él una segunda naturaleza. Nuestro local se transformó —y tengo para mí que es su mayor honra— en un centro activo y bullente de la solidaridad militante con el antifascismo y todas las causas nobles del continente. En un centro de actos, conferencias, mesas redondas, ruedas de prensa que Genaro, siempre presente, animaba con su conciencia alerta, abierta a todos los vientos de América y del mundo. No hay prácticamente ningún pueblo al sur del Río Bravo ningún grupo de exiliados, que a lo largo de estos cuatro años tumultuosos y sangrientos, marcados por los avatares de la lucha antifascista, no haya recibido el apoyo generoso y sin cortapisas de la FELAP, transformada en un hogar de la solidaridad latinoamericana.

Estos me parecen los rasgos más destacables del ser humano con el cual convivimos a lo largo de estos años. Y a ello se unía su tremendo tesón y su voluntad, que era como una fuerza de la naturaleza, en estado puro. Marcado por la enfermedad, con sus defensas orgánicas disminuidas, seguía trabajando gracias, enteramente, a esta fuerza de voluntad, emanada de la profundidad de sus convicciones. Y así fue literalmente hasta el último aliento. Murió como un guerrero, con las botas puestas. Operado, insistió en reintegrarse en breve lapso a la labor cotidiana. Ya en el sanatorio, en el trance postrero, no cesaba de trazar planes y de vigilar la marcha de la institución. Su valerosa compañera conserva los apuntes hechos por su mano tres días antes del desenlace fatal: una agenda indizada de tareas inmediatas sintetizadas en nueve puntos.

Energía, pasión, objetivos claros para los periodistas, para nuestros pueblos y nuestras patrias, limpias de escoria fascista, dinamizaron la vida combatiente de Genaro Carnero Checa. De ahí su cariño entrañable hacia Cuba revolucionaria y sus periodistas, hacia Nicaragua liberada, y hacia este México que quería como una segunda patria, lado a lado con su Perú natal, con su pueblo de Piura. En la urna que guarda sus cenizas —porque se respetó su voluntad de ser incinerado, al igual que su amigo de juventud, don Enrique Ramírez y Ramírez— bien pudiera escribirse la divisa del poeta español:

Vivir se debe la vida de tal suerte,  
que viva quede en la  
muerte.